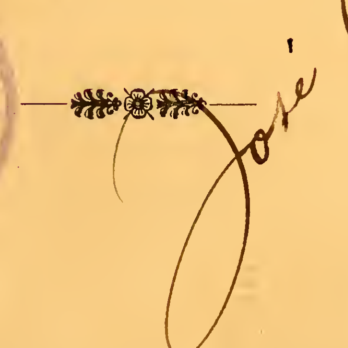
MANUEL CODORNIU y LUIS GARCIA Y F. CASTRO

# VILLA AMPARO

COMEDIA

en tres actos, en prosa, original






MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

# VILLA AMPARO

# VILLA AMPARO

COMEDIA

en tres actos, en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL CODORNIU y LUIS GARCIA Y F. CASTRO

Estrenada en el Pabellón IRIS de Avilés, el día 7 de Abril de 1916

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

Muy afectuosamente
al aplaudido y simpá
actor José Cañizares,
magistral "Antonio" de
"Villa Amparo"

Luis García y de Castro

(Lois da Molineira)

Avilés Dic 1916.

A mi amigo Víctor Olea, en prueba de amistad.

*Manuel Codorniu.*

Con cariño, a la angelical Srta. Margarita Fernández Troncoso, a mis hermanos en Cuba y a mi tío José Fernández Castro.

Con afecto, a mi **padrino** Manuel Vigo y a mi maestro Julio G. Quevedo.

*Luis García y F. Castro.*

*(Lois da Molineira)*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| AMPARO | ANA ADAMUZ. |
| ANTONIA | Margarita Díaz. |
| ERNESTO | Antonio Lagos. |
| PEPE | Alejandro Maximino. |
| JUAN | MANUEL VIGO. |
| MARIANO | Fulgencio Nogueras. |
| FAUSTINO | Ernesto Carbó. |
| ANTONIO | José Cañizares. |

EPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

## Edades de los personajes:

**Amparo.**—Veinte años.
**Antonia.**—Criada joven de la casa.
**Ernesto.**—Cincuenta años, pelo y barba canosos.
**Pepe.**—Joven distinguido.
**Juan.**—Veinticinco años, de tipo rudo y sombrío.
**Mariano.**—Sesenta años, colono de la casa.
**Faustino.**—Joven jardinero de la casa, hijo de Mariano.
**Antonio.**—Criado joven, andaluz, de nariz muy achatada.

# ACTO PRIMERO

Jardín de una finca de recreo. En el fondo decoración de jardín. A la derecha la casa de la finca con una puerta en primer término que figura la entrada de la casa, y otra en segundo término que figura la entrada a un gabinete que antecede a las habitaciones de la casa. En el foro y a la izquierda un árbol frondoso. Se hace constar que la parte de casa que se ve no es la fachada principal. Distribuídas convenientemente por la escena macetas con flores, las que revelarán el buen gusto de Amparo. En el centro un velador con servicio de té y a cada lado una mecedora de mimbre que serán ocupadas por Amparo y Ernesto. Además un par de sillas que harán juego con las mecedoras.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen AMPARO y ERNESTO sentados en las mecedoras. Ernesto leyendo un periódico y Amparo mirándole

AMP. Ernesto, el té está servido. (Pausa.) ¿No oyes, Ernesto?

ERN. ¿Cómo decías?

AMP. Que se va a enfriar esto, hombre.

ERN. Pues antes de que se enfríe lo tomaremos. (Toma un sorbo.) Ya he dicho varias veces que el té no me gusta tan cargado.

AMP. Estoy cansada de decirlo. ¡Esta Antonia!... (Ernesto toma otro sorbo y continúa leyendo. Amparo le mira fijamente y hace un gesto de disgusto.) ¿No podrías aplazar la lectura para luego? (Pausa.)

Ernesto, ¿quieres que demos un paseo esta tarde?

ERN. ¿Qué decías?

AMP. Que ya que la tarde se presenta tan hermosa, podríamos dar un paseíto hasta la granja.

ERN. Bien, muy bien; mi gusto sería complacerte, pero recordarás que he mandado llamar a Mariano y tenemos bastante que hacer.

AMP. Nunca llego a tiempo. (Con sonrisa intencionada.)

ERN. No digas tonterías, Amparo. Comprenderás que si se les deja solos nunca resultan las cosas a gusto de uno.

AMP. Me parece que Mariano es bastante inteligente para desempeñar su cargo sin necesidad de tu intervención.

ERN. Si yo no digo tanto.

AMP. Basta que se me ocurra algo para que tú me contraríes.

ERN. Pero qué cosas tienes, mujer.

AMP. Tendré lo que tú quieras, pero es el caso que con razón o sin ella, pocas veces, muy pocas, hemos de ir de acuerdo. (Ernesto sigue leyendo.) Desde nuestro matrimonio a la fecha, vengo observando en ti cierta indiferencia que yo no llego a comprender. Si bien los hombres, y no es que con esto me refiera a la generalidad, sois a veces de carácter adusto, debíais compartir con nosotras, con vuestras mujercitas, los pesares, las alegrías. Pero vosotros no, abstraídos con los negocios, que si los valores suben, que si los valores bajan, (Resuelta.) la verdad, Ernesto, que en esto sólo, no creo yo se encierre la felicidad que nosotras las mujeres esperamos encontrar en el matrimonio.

ERN. Estás equivocada, Amparo. Eso mismo que vosotras consideráis censurable, suponiéndolo falta de atención, de cariño, de... qué sé yo, debiérais interpretarlo en sentido muy distinto. Si a mí me preocupan los negocios y me distraen tiempo, es mirando sólo el aumento de nuestros bienes. (Con dulzura.) Si para mí no me hace falta, Amparo; si todo lo que yo hago es por ti, por tu bienestar, por tu felicidad. (Interrumpe el diálogo Antonia,

que sale por el foro derecha con una bandeja con periódicos, revistas ilustradas y una carta.)

ANT. Señorito, el correo.

ERN. Trae. (Coge la carta, la abre y la lee. Antonia vase por la primera derecha. Amparo coge un periódico de ilustraciones y hace como que lo examina mientras Ernesto lee la carta.) Nuestro amigo Pepe, que antes de partir para América viene a despedirse de nosotros y llega en el correo de esta tarde.

AMP. (Con extrañeza.) ¡¡¿Que Pepe marcha a América?!!

ERN. Así dice la carta. (Le da la carta que Amparo lee demostrando interés.) ¡Qué Pepe! Le conocí desde niño y siempre le recuerdo con gusto. Es un muchacho que va sembrando alegría por todas partes.

AMP. Sí, efectivamente, cuenta y ha contado siempre con grandes simpatías.

ERN. Me extraña este viaje que nos anuncia, si bien recuerdo que tiene allí propiedades de mucha importancia. ¿No está allí un tío suyo hace mucho tiempo?

AMP. Sí, su tío Ramón. (Pausa.) Lo que yo no acierto a explicarme es la premura del viaje. ¿Le ocurrirá algo a su tío?

ERN. Seguramente se tratará de algún negocio. En fin, él nos lo explicará.

AMP. Tiene unas ocurrencias este Pepe... Hace tiempo, antes de conocerle, me contaron un detalle suyo que me hizo muchísima gracia. Al parecer estaba haciendo el amor a dos chicas al mismo tiempo. Ya sabes lo enamoradizo que es. Un día le invitaron a una fiesta improvisada y dió la fatal coincidencia que se encontró allí con sus dos enamoradas dulcineas. ¡Y aquí los apuros de Pepe! El hombre se vió muy comprometido, como es natural, pues ya supondrás la comedia que tuvo que representar para evadirse de aquel original compromiso. Claro está que excusándose como pudo salió de allí escapado. ¿Y sabes lo que contestó a sus amigos cuando comentaban entre risas el suceso? Chicos, yo tenía dos novias como la cosa más natural del mundo y a quienes no

acompañaba en la calle, porque ya sabéis que para eso no sirve mi carácter. Con una charlaba por la mañana, a las doce, en el balcón de su casa, y con la otra hablaba por la tarde, a las seis, en la verja del jardín. ¡Cómo iba yo a suponer que se fuesen a encontrar en el camino las doce de la mañana y las seis de la tarde?

ERN. Yo le considero capaz de hacer el amor a todo un regimiento de mujeres a la vez. Reconozco que tiene muchos atractivos, tanto por su tipo como por la amenidad de su conversación. Seguramente nos hará pasar ratos deliciosos.

AMP. ¡Cuántas noticias nos traerá de Madrid! ¡Habrá que oirlo; él que está enterado de cuanto ocurre en España y sus alrededores!

## ESCENA II

MARIANO, ERNESTO y AMPARO

MAR. (Que entra por el foro izquierda y se descubre al entrar.) Muy buenas tardes tenga usté, señó Ernesto.

ERN. Hola, Mariano; te esperaba.

MAR. (Dirigiéndose á Amparo.) ¿Cómo está la señorita?

AMP. ¡Ah, eres tú, Mariano! ¿Qué hay, hombre?

MAR. Pues he venío porque el señó me necesita pa consultame algunas cosas al respetive de las tierras y aquí estoy a recibir las órdenes del señó; con premiso de la señorita. (Se acerca a Ernesto.) Usté dirá, señó.

ERN. Siéntate, Mariano. ¿Has hecho esos trabajos en la finca del Cerro?

MAR. Sí, señó; allí hemos pasao to el día de ayer y esta mañana ha quedao terminá la faena. Me creo que pa el año que viene, ¡Dios me oiga!, tendremos aquellos frutales en fló, que se va a recreá el señó contemplándolos.

ERN. Bien, hombre; ¿y los trigales de la Rinconada?

MAR. Están que es gloria, miralos. Yo me queo embobao al ver aquellas espigas, que paece talmente que se están desputando los pal-

mos de tierra. ¡Qué cosecha, señó amo! Hace tiempo que no la hemos tenío como la que ahora se prepara.

AMP. Buen cariño tienes tú a las tierras, ¿verdad, Mariano?

MAR. No le extrañe a la señorita. ¡Son tantos los suores que nos cuestan y tantas las fatigas que tenemos que pasar pa cultivalas! ¡Si usté supiera! ¡Me va a perdonar, la señorita lo que voy a decila. Usté no puede fegurarse el encanto que tié pa estos enfelices campesinos el recoger lo que estas benditas tierras nos dan en pago a nuestros probes esfuerzos. Usté se fegurará que toa la riqueza del mundo está allá en su Madrí, entre aquellos lujos que les arrodean; pero perdone la señorita, a mí me se fegura cuando miro desde el altozano los trigales de la Rinconá, me se fegura, señorita Amparo, que aquellas espigas que el viento hace doblase con mano cariñosa, que son lo mesmo que montones de oro que relucen acariciaos pol sol mañanero. ¡Qué quié usté, señorita! Pa mí que no he conocío más mundo que éste, que no he sabío nunca más que lo que es el trebajo diario, el trebajo honrao, no debe extrañale que no vea más p'allá d'esta caena de montañas ande he nacío y ande duermen el sueño de los buenos mi defunta Rosa y tos mis probes muertos, señorita. Sacame de aquí, alejar a este viejecito de los trigales de la Rinconá, de la Huerta del Cerro, de la era del encinal, sería matalo, señorita. Toa mi alegría es vivir encorvao sobre estos terrones, regalos con mi sangre, porque me paece que son tal que míos no más y levantá la cabeza solamente cuando tengo que mirar hacia arriba pa bendecir al que tié en su mano las cosechas y pa miralos a ustés con to el cariño que yo les tengo drento de mi alma, pa besales sus manos que tanto bien saben repartir con este fiel criao y mi chico que Dios me guarde. ¡Que no sé yo lo que sería de nosotros si ustés llegasen a faltanos. (**Saca un pañuelo de yerbas y se seca los ojos.**)

AMP. ¡Pobre Mariano! ¿Por qué lloras, hombre?

ERN. Bueno, bueno, Mariano. Yo comprendo lo que dices: el campo os da vida y si llegara a faltaros os moriríais de pena. Ahora vamos a dar un vistazo para ver si se ha hecho todo lo que yo dispuse. (Se levantan Ernesto y Mariano.)

MAR. Quede con Dios, señorita Amparo.

AMP. Adiós, Mariano. Ernesto, no olvides que hay que ir a la estación dentro de un rato.

ERN. Vuelvo enseguida. (Mutis Ernesto y Mariano por el foro izquierda simulando hablar.)

AMP. (Llamando.) ¡Antonia!... ¡Antonia!

ANT. (Saliendo primera derecha.) ¿Qué manda la señorita?

AMP. Vete arreglando todc esto que yo voy a prepararme para bajar a la estación (Vase primera derecha.)

ANT. Está bien, señorita.

## ESCENA III

Cruza la escena JUAN, que desaparece por donde se fué ERNESTO. FAUSTINO por el foro con un rastrillo en el hombro. Al ver a ANTONIA se detiene, se quita del hombro el rastrillo y queda apoyado en él

ANT. ¡Jesús! ¡qué susto me da siempre ese zángano! (Por Juan)

FAUS. ¡Adiós, Antoñita!

ANT. ¡Hola, Faustino!

FAUS. Tú, como siempre, tan trebajaora.

ANT. Qué le vamos hacer, hijo; cuando no se ha nacido pa reina, no queda más remedio que aguantarse.

FAUS. Que no has nacío pa reina se te fegurará a ti.

ANT. Sí, ya lo ves. Su majestad Antoñita con delantal blanco y aguantando siempre las impertinencias de los amos.

FAUS. Poco a poco, Antoñita; que de los amos no podrás quejate.

ANT. No, si no me refiero a los señores; hablo en general. No ves que ha servido una a medio Madrid y ha pasado una tantas y tantas perrerías...

FAUS. No te faltará razón, Antoñita; pus ya me creo que tos no serán como los amos. Allá po los Madriles, como hay tanta abundancia de to, no tié que extrañar que haiga muchas desigencias.

ANT. Sí, hijo, sí; dímelo a mí, que llevo siete años de reinado. Dios mío, cuándo será el día que una pueda dejar de ser doncella, pa ser una dueña de su casita y hacer su santísima voluntad.

FAUS. Pus mira, Antoñita. Yo estoy satisfecho del trebajo y de los amos; bueno, bien es mú cierto que yo no he conocío más amos que estos y no me ha pasao lo que a ti, que po lo visto hasta que has venío con los señoritos te mudabas cada mes.

ANT. Poco a poco, Faustino, que yo me mudo cada ocho días.

FAUS. ¡Qué gracia! ¡Quién se ha metío ahora con la ropa enteiior! Contigo no pué hablase nada en serio. To lo tomas a zaragata. Te ecía yo, que aunque yo estoy mu contento, pero mu contento, ¡mira qué casualiá!, también yo he pensao en eso de la casita de uno que tú ecías, (*Muy meloso.*) mejor dicho, de uno solo... de uno solo no, ¿verdá, Antoñita?

ANT. Tú sabrás.

FAUS. ¡Y mira qué casualiá! ¿A que no sabes desde cuándo se me ha ocurrido pensar en estas cosas?

ANT. ¡Vaya unas preguntitas! ¡Toma, pues desde que has conocido a tu novia!

FAUS. Novia yo, ya la quisiera. (*Resuelto.*) Pus se me ha ocurrío pensalo, desde que llegó aquí la señorita Amparo.

ANT. ¡Ay, qué gracia, pues no está enamorado de la señorita!

FAUS. No, mujer, no; no digas barbariaes, que aunque en broma, ofenden. Decía que desde el día que llegó la señorita, (*Meloso.*) porque en ese mesmo día, vamos, en ese mesmo día... llegaste tú también, Antoñita. (*Aparte.*) Ya se lo he soltao.

ANT. Lo que es, hijo, pa decir tú las cosas, rodeas más que un simón tomao por horas. Pero,

mira, Faustino, no me hables tú de cariños; que ya sé yo lo que dais de sí los hombres. Buscar en los hombres corazón, es lo mismo que ir a comprar alpargatas a una farmacia, es un decir. ¡Si sabré yo lo que sois vosotros! He tenido ya tantos novios, que los he ido anotando en un cuadernito, por categorías, como si fuera un muestrario; bueno, como un muestrario de corchos, porque todos ellos eran unos perfectos alcornoques.

FAUS. ¡Qué cosas se te ocurren, Antoñita!

ANT. A mí se me presentaron pretendientes de todas clases. El mes pasao, antes de venir aquí, sostuve relaciones ¡con cuatro! Un cabo de caballería, que me resultó un *perdis*; yo no puedo ver a los hombres que beben, y aquél cabo siempre venía *alumbrao* cuando se me acercaba.

FAUS. Antoñita, no me extraña; pus ¿pa qué son los *cabos* más que pal *alumbrao?* Yo toas las noches me alumbro con un cabo al dir a acostame.

ANT. Mira qué saliditas tiene éste.

FAUS. ¿De modo que duraron poco aquellas relaciones melitares?

ANT. Claro está.

FAUS. ¿Y los otros tres, Antoñita?

ANT. Qué preguntón eres, criatura.

FAUS. Es que me gusta oite hablar.

ANT. Pues, hijo, compra un loro pa que te distraiga.

FAUS. Dime, Antoñita, dime, ¿y los otros tres?

ANT. ¡Pero qué curioso! ¿Y a tí qué te importa.?

FAUS. Cuenta, Antoñita; anda, cuenta.

ANT. Pues otro de mis adoradores, era un tal Jacinto, conductor de tranvía. Pero este tampoco me convenía; no me hablaba nunca nada de casorio; a pesar de ser un buen conductor, no supo conducirse conmigo, y en resumen: que paseando un domingo por el jardín botánico, tuvimos una pelotera, y dejé a Jacinto *plantao*.

FAUS. Yo también he dejao *plantaos* muchos jacintos en el jardín.

ANT. Oye, oye; ¿pero no es el colmo que te estés pitorreando de mí y yo dándote palique?

¡De verano, hijo! Anda, anda, vé a tus quehaceres, que no te faltarán, y basta de charla, pues si nos ven los señoritos aquí tan juntos, nos va a caer el gordo.

FAUS. Bueno, bueno, pus separémonos, Antoñita, no sea que nos caiga el gordo... po la aproximación. ¡Adiós, Antoñita!

ANT. ¡Adiós, Faustino! (Aparte.) Adiós, tío *lila.* A este voy a tener que incluirlo en mi cuadernito de novios; en el grupo de *lilas.* ¿En dónde mejor que entre lilas, tratándose de un jardinero?

FAUS. Croqueta.

## ESCENA IV

ERNESTO por el foro izquierda. FAUSTINO, al verle, le saluda

FAUS. Buenas tardes, señor Ernesto. (Vase foro izquierda.)

ERN. Antonia, avise usted a la señora que aquí estoy esperándola. Bájeme el sombrero.

ANT. Voy enseguida, señor. (Vase primera derecha. Ernesto se sienta y lee un periódico. Amparo y Antonia saliendo.)

AMP. Ya estoy lista, ¿vámonos?

ERN. ¡Caramba, caramba, qué elegante se ha puesto la señora de la casa! Estás guapísima.

AMP. Hombre, es preciso hacer los honores debidos al forastero. (Dirigiéndose a Antonia.) Tenga usted listo, para cuando lleguemos, el refresco que se ha preparado.

ANT. Muy bien, señorita. ¿Mandan algo más los señores?

AMP. Nada más, Antonia. ¡Ah, sí! Traiga usted, para colocar aquí en la mesita, el centro con flores que yo he puesto esta mañana en el comedor.

ANT. Déjelo usted de mi mano. (Vase primera derecha.)

AMP. (Aparte.) Al fin voy a verle. ¡Qué alegría! (Alto.) ¿Qué haces, Ernesto? Vamos, vamos, que es tarde.

ERN. Sí, vamos. (Telón)

FIN DEL ACTO PRIMERO



# ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto. El velador cubierto con mantel blanco, servicio para refresco y un centro con flores. Varias sillas.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparecé en el fondo de la escena, retirado convenientemente, pero que el público se aperciba, JUAN, sentado al pie del tronco del árbol, con los codos apoyados sobre las rodillas y con las manos cubriéndose el rostro. ANTONIA está terminando de poner la mesa. Después MARIANO

ANT. ¡Ajajá! Ya tenemos la mesa puesta para cuando vengan los señoritos, que ya no deben tardar. (De pronto se fija en Juan, que permanecerá sentado, como anteriormente se indica.) ¡Jesús, aquí este hombre! Solo de verle tengo un miedo que no veo. (Se queda fija un momento mirándole.) Qué sucio va, qué andrajoso. Pobrecillo, ¿por qué estará así tan abandonado?

MAR. (Que sale por el foro izquierda, sin darse cuenta de Juan.) ¡Antonia! ¡Antonia!

ANT. Hola, señor Mariano, ¿usted por aquí?

MAR. Sí, Antoñita; necesitaba hablar con el señó y díjeme, voy a ver si en este momento de descanso puedo hablale, porque tengo casi toa la gente pará y necesito consultale pa empezar nueva tarea.

ANT. Pues no está, señor Mariano.

MAR. (Con extrañeza.) ¿Que no está?

ANT. No, señor.

MAR. Pus lo siento, porque era muy preciso.

ANT. Pues mire usted, yo creo que no puede tardar mucho, porque ya hace rato que salieron él y la señorita a recibir al señorito Pepe que llega ahora de Madrid.

MAR. ¿Pero llega hoy el forastero?

ANT. Sí, señor.

MAR. Pus me voy a saliles al paso.

ANT. ¿Sabe usted por dónde?

MAR. No, pero supongo que pol Encinal.

ANT. No, señor Mariano; han ido por el camino de la derecha, por el que conduce a la Granja.

MAR. Pus allá me voy. Hasta luego, Antoñita. (Hace ademán de irse.)

ANT. Oiga, señor Mariano. (Temerosa y señalando a Juan.) Mire usted. ¿Por qué no se lleva usted a este hombre? Me da siempre mucho miedo.

MAR. (Riéndose.) ¿Te da miedo? No tengas cuidao, tonta, que no hace na.

ANT. Sí, señor Mariano, pero yo le tengo mucho miedo.

MAR. Ahora verás tú. Oye, Juan. ¿Qué haces aquí? Márchate, hombre; no ves que van a venir los señoritos y si te ven aquí, con esa facha, te van a reñir. (Juan levanta un momento la cabeza, mira a Mariano, y vuelve a quedar en la misma posición que estaba. Pausa muy marcada.) Oye, ¿pero es que tú no haces caso? (Juan no responde. Mariano avanza hacia él.) Mira, no me lo hagas repetir, que no me gusta mucho repetir las cosas. (Juan no hace caso. Mariano le toca la cabeza.) ¡Ala, hombre, ala, a correla por ahí, que te pasas la vida durmiendo! (Juan se levanta muy lentamente, mientras Mariano y Antonia le miran con fijeza. Juan hace ademán de estirar los músculos y se va foro izquierda.)

ANT. ¡Ay, señor Mariano, creí que no se marchaba!

MAR. Sí, tonta, si es muy bueno; lo que tié, que se pasa las horas durmiendo como un ceporro y luego pa despertale, hay que andar a

golpes. Por eso no hace caso a la primera, aguarda siempre la repitición.

ANT. ¡Qué hombre tan raro!

MAR. Quiere al señó Ernesto con delirio, como que si no hubiera sío por él, ya habría muerto de hambre y de miseria, porque al morir su padre, que era un antiguo trabajaor de la casa, quedó este probe chico abandonao, y gracias al buen corazón del señó que lo recogió entre nosotros y... aquí está.

ANT. Hizo bien, pobrecillo.

MAR. Bueno, Antoñita, me voy a ver si puedo hablá con el señorito. Hasta luego. (Hace ademán de irse.)

ANT. Adiós, señor Mariano.

MAR. (Retrocediendo risueño.) Escúchame, Antoñita; vas a decime una cosa que yo quieo saber.

ANT. Usted dirá.

MAR. ¿Es verdad que mi chico Faustino te anda haciendo la corte?

ANT. (Sonriendo.) ¡Qué preguntas! ¿Por qué lo dice usted?

MAR. Pus porque hace cuatro días que no come apenas, y por más que le refunfuño no quié hablá. Toas las noches, antes de acostase, se está mirando dos o tres horas en un cacho espejuelo que tié; él se cree que yo no sé ná, pero poco se fegura que lo sé tó. Antes solía dir al pueblo los domingos con unos amigotes suyos, pus aquí tiés tú, el domingo pasao ya no fué. Yo le dije: Faustino, ¿cómo no vas al pueblo? ¿Y sabes lo que me contestó?

ANT. Quién sabe.

MAR. Pus que no le dejaba la novia; yo le pregunté: ¿pero, oye, tú tiés novia? y me dijo: tenela... vamos, como tenela, no la tengo, pero me creo que muy pronto la tendré. (Pausa.) Me le quedé mirando; a tó esto bajó la cabeza y se marchó más encarnao que una amapola. (Ríe.)

ANT. No diga usted esas cosas, señor Mariano.

MAR. La verdad, Antoñita, la verdad; es tan cierto, como mi defunta Rosa está en la gloria. (Se frota los ojos con disimulo.) Bueno, Antoñita, perdona a este viejo, que te ha distraído de

tus quehaceres. Voy a ver si doy con los señoritos. ¡Con Dios! (Mutis por el foro derecha.)

ANT. Adiós, señor Mariano. (Aparte.) De tal palo, tal astilla. Bueno, vamos a terminar de arreglar todo esto, que ya no tardarán los señoritos.

(Arregla las sillas colocando una en el centro de la mesa, frente al público y una a cada lado; la del centro será ocupada por Amparo, y las otras, por Ernesto y Pepe.)

## ESCENA II

FAUSTINO, por el foro izquierda, muy contento, a la vez que demuestra timidez y figurando haber oído las últimas palabras de Mariano

FAUS. Antoñita, ¡je, je, je! ¿qué te ecía mi padre? (Antonia no lo mira.) ¿No quiés decímelo, verdad? (Adelantándose.) ¿Qué te pasa, Antoñita?

ANT. Me pasa que ya estoy harta de tonterías.

FAUS. Pero, Antoñita...

ANT. Déjame en paz y vete, eso; no sea que vayan a venir los señoritos y te encuentren, aquí encantado, que parece que estás adorando a la Virgen de las Candelas.

FAUS. Es que eres mú zalamera, y cuando te miro, no pueo por menos que subime de color, pensando... pensando...

ANT. ¿Pensando en qué? No sé qué es lo que tú puedes pensar; ¿pero sabes lo que yo he pensado?

FAUS. ¿Qué, Antoñita?

ANT. Pues que me dejes en paz y que no te acerques más por aquí, eso, y por último, que ya tengo novio, de modo que ya lo sabes, no te molestes.

FAUS. ¿Que ya tiés novio?

ANT. Sí, ya tengo novio, y como a mí me gusta: un hombre castizo y no un espantajo como tú.

FAUS. (Después de meditar.) Está bien. (Pausa.) Yo no lo sabía (Aparte) ¿Por qué seré yo espantajo? ¿Por qué no me mira como otras veces?

(Pausa.) ¡Ná! Cosas de mujeres. (Pausa.) Adiós, Antoñita. (Mutis foro izquierda.)

ANT. (Muy seria.) Adiós. (Fijándose en el foro derecha.) Ya están aquí los señoritos.

## ESCENA III

Por el foro derecha, ERNESTO y MARIANO forman un grupo; detrás de éstos, AMPARO y PEPE, y ANTONIO detrás de todos ellos con una maleta y manta de viaje. Pepe llevará puesto un guardapolvo, gorra de viaje y guantes; al entrar en escena se lo quita y lo entrega a Antonio; éste lo recoge, y por una indicación de Antonia, desaparece por la segunda puerta de la derecha, junto con ella

ERN. Bien, Mariano, vete, que luego iré yo. (Mariano se va por el foro izquierda.)

PEPE (Como si leyera mirando la fachada principal de la casa y en voz baja.) ¡¡Villa Amparo!! (Amparo le mira y se sonríe.)

ERN. Mira, Pepe, con franqueza, fuera de cumplidos. Amparo ha preparado este refresco que vamos a tomar ahora mismo. No sé qué te parecerá.

PEPE Me parecerá admirable, no faltaba más; todo lo vuestro, ya sabeis, me encanta. (Mirando alrededor.) Chicos, esto está más hermoseado que antes. (Amparo le mira y le da las gracias con la cabeza. Pepe corresponde. Se sientan los tres en sus respectivas sillas. Aparece Antonia. Amparo sirve, primero a Pepe y Antonia hace que le ayuda.) Pues, vamos a tomar el refresco, que será, desde luego, cosa buena. (Después de probar el refresco.) Admirable, muy bien hecho. (Vase Antonia por la primera derecha, después que el refresco está servido.)

ERN. Bueno, insigne Pepe, bueno; no puedes figurarte la satisfacción que nos has dado con esta visita tan agradable, y más agradable aún, por lo inesperada. Tu carta nos dió un alegrón muy grande.

PEPE ¡Qué quieres, Ernesto! Ya sabes cómo son todas mis cosas. Yo no soy de los que se acuestan pensando en lo que han de hacer al día siguiente. Soy repentista, chico. Ayer mañana decidí venir a veros, y sin pensar

en lo mucho que aún tengo que hacer para ultimar mi viaje, cojo la pluma y cartita al canto.

AMP. No te pareces a mí, que me cuesta un trabajo loco escribir; con decirte que desde que hemos llegado no escribí a mamá más que dos cartas; ¡casi me avergüenza el decirlo!

PEPE Apropósito de tu madre; el otro día la encontré con Margarita en la calle de Alcalá; iban de compras; parece que el tiempo pasa de largo junto a ella, pues cada día la encuentro más joven. (Riendo.) ¡Te digo que está hasta guapa!

AMP. ¡Qué exagerado eres, Pepe!

PEPE ¿Y qué me contais de vuestra estancia aquí?

ERN. Esto es una sucursal del paraíso, querido Pepe; esto es vivir y no aquella vida agitada de Madrid, que a mí me cansa extraordinariamente. Yo estoy convencido que no he nacido para vivir en poblaciones; me gusta mucho esta tranquilidad.

AMP. Para Ernesto no hay nada en el mundo como el campo.

PEPE ¿Y tú, Amparo? ¿Te encuentras bien aquí? (Con mucha intención.)

AMP. Estando Ernesto contento, ya te figurarás que yo lo paso bien. (Con resignación.)

ERN. Gracias, Amparito. (Le da una palmadita sobre el hombro.)

PEPE (Mientras enciende un cigarro que le ha ofrecido Ernesto.) Voy a daros una noticia sensacional Vuestro sobrino Alberto, está enamorado locamente; ¡lo que se dice enamorado! Me encargó que os lo dijera.

AMP. ¿Y quién es ella?

PEPE ¡Una tontería de criatura¡ Lolita Santa Cruz se llama y a quien, desde luego, podeis considerar vuestra futura sobrina. Es hija de unos señores de Sevilla, que pasan largas temporadas en Madrid.

AMP. (Con curiosidad.) ¿Y dices que es bonita?

PEPE ¡Una preciosidad de chiquilla! Es jovencita, tendrá diecisiete abriles, pero no me extraña que Alberto esté tan enamorado, pues todo se lo merece el pimpollito. Os digo

que es un encanto vuestra sobrina en ciernes. ¡Tiene una carita de buena!

AMP. ¿Y cuándo la conociste tú?

PEPE Hace pocos días; me la presentó Alberto que iba de paseo con ella y su mamá.

AMP. ¿De modo que la cosa va muy en serio?

PEPE Y tan en serio; como que me ha dicho que tan pronto se ponga de largo la chica... ya podeis ir preparando el regalito de boda.

AMP. Qué callado lo tenía el muy bribón.

PEPE Esperad un momento; no sé si tengo en la cartera... (Examinándola.) sí, sí, aquí está. (Saca un papel.) Es una copia de unos versos que le escribió en un abanico, ayer precisamente, y que me leyó esta mañana cuando iba a entregárselo. Claro está, como el pobre muchacho no sabe hablar más que de su Lolita... Por curiosidad los copié en este papel para leértelos a ti, Amparo, que eres aficionada a la poesía. Se titulan:

*Si eres* Gloria,
*¿por qué te llamas Dolores?*

y dicen así: (Leyendo.)

Si hay alegría encerrada
en tus ojos soñadores,
si hay el cielo en tu mirada,
¿por qué te llamas Dolores?

—

Si es tu risa angelical
cual trino de ruiseñores,
si es tu voz fino cristal,
¿por qué te llamas Dolores?

—

Si cuidas tú del vivir
de mil delicadas flores,
¡oye! ¿me quieres decir
por qué te llamas Dolores?

—

Si tanta gracia atesoras,
si eres ensueño de amores,
si ríes siempre y no lloras,
¿por qué te llamas Dolores?

—

Reservado para ti
llevo un nombre en mi memoria...
¿Quieres que lo escriba aquí?
pues aquí lo escribo: *¡¡Gloria!!*

—

¿Eh, qué tal?

AMP. Muy bonitos por cierto.

ERN. No sabía yo que teníamos poetas en la familia.

AMP. Cuando se está enamorado ¡¡¿quién no siente la poesía?!!

ERN. Sin embargo, Amparo, yo no te hice nunca versos, y esto no quiere decir que no estuviese enamorado de ti.

AMP. ¿No ves, Ernesto, que nuestras relaciones fueron muy cortas y cuando nos dimos cuenta de que éramos novios, ya estábamos casados? Los versos se hacen en el período culminante del amor, cuando se sueña, como decía nuestro poeta:

«Todo es según el color
del cristal con que se mira.»

Y durante el noviazgo se mira todo a través de un cristal rosado. Nada, que sin querer, nos estamos poniendo un tanto sentimentales. Tuvo la culpa Alberto.

ERN. Y variando de tema, ¿a qué es debido ese viaje tan repentino a Cuba?

PEPE Nada, chico, esto ha sido como un tiro. Hace unos días recibí un cablegrama de mi tío Ramón, en el que me dice: «Asunto urgente reclama salgas primer vapor.» Me figuro que se tratará de una cuestión que hace tiempo viene sosteniendo mi tío con la familia de los Olave; la división de aquella finca que tenemos en Pinar del Río y de que te hablé algunas veces. Como mi tío ya está viejo y achacoso, no me extraña me mande a llamar. Además, amigo Ernesto, ya va siendo hora de que él dé una vueltecita por su querido Madrid, ¡pues mira que lleva años separado de nosotros! ¡Tengo la mar de ganas de verlo! Seguramente que, aprovechando esta ida mía, él dará su esca-

padita por aquí y me dejará al frente de la dirección de las propiedades hasta su regreso a Cuba. ¿Eh, qué os parece? Todo un madrileño de pura cepa, convertido por obra y gracia de mi tío Ramón, en un cubanito *meneses*, más dulce que la guayaba. (Ríen todos.)

AMP. ¿Y cuándo embarcas?

PEPE Saldré en el «Reina Cristina» que parte el diez y nueve, de Santander. ¡Ya vereis cuando vuelva qué meloso me vais a encontrar! Van a tener que colocarme en un tarro de almíbar. (Ríen todos.) Me gusta, no os creais, me gusta aquella dulzura de las mujeres cubanas, aquella dejadez...

ERN. ¡Tú siempre el mismo! No recuerdo haberte visto nunca de mal humor; parece que naciste en sábado de Gloria.

PEPE Hay que entender el vivir, amigo Ernesto. Las cosas de la vida para mí, no tienen más que un lado, el agradable. Cuando son tristes, procuro ponerme gafas negras para no verlas. Es un sistema excelente que me da muy buenos resultados. Os lo recomiendo.

AMP. Eso, Pepe, va en carácter y éste nace con las criaturas.

ERN. Bien, Pepito, a pesar de que vendrás algo cansado, quiero que antes de retirarte, demos una vueltecita por el jardín. ¡Aquí se respira aire puro! ¡Esto es vivir! (Cogiéndole por el brazo y levantándose.) Anda, anda, vamos, ya verás cómo te encantan todas estas innovaciones que hice en la finca.

PEPE Con mucho gusto, Ernesto. Y tú, Amparo, ¿te quedas?

AMP. Sí; tengo que disponer algunas cosas. (Se levanta.)

PEPE Hasta luego entonces.

AMP. Hasta luego. (Vanse Pepe y Ernesto foro izquierda, Amparo se queda fija mirando al sitio por donde han desaparecido éstos.) ¡Pepe! Siempre que le escucho me hace pensar en una felicidad perdida. ¡Qué dichosos seríamos si se hubiera cumplido nuestro destino! ¡Sufre, corazón! ¡Ya es tarde! (Mutis primera derecha.)

## ESCENA IV

ANTONIA, que sale por donde ha desaparecido Amparo. En seguida FAUSTINO, por foro izquierda

FAUS. Antoñita... yo quería decite una cosa.

ANT. ¿Qué querías decirme?

FAUS. ¡Ja, ja, ja! No me atrevo.

ANT. Pues si no te atreves, hasta mañana. (Hace ademán de irse.)

FAUS. No te marches, Antoñita. (Rascándose la cabeza.) Quería decite, que esta noche vendremos mis amigos y yo a tocate la guitarra y a cantate una copla.

ANT. No, no te molestes, no me hace falta tanto ruido, pues podrían despertarse los señores y tendríamos un disgusto.

FAUS. No, Antoñita.

ANT. Sí, y no seas mostrenco. Ala, hasta mañana.

FAUS. Si es que me ties loco, Antoñita.

ANT. No te de tan fuerte; no vengas esta noche porque si no hemos terminado. (Recoge el servicio y vase primera derecha.)

FAUS. (Mirando por donde desapareció Antonia.) ¡Hemos terminao! ¡Hemos terminao! Veremos. ¿No quiés música?, pues música tendrás. ¡Míralas! ¡por estas! (Hace mutis foro izquierda.)

## ESCENA V

ANTONIA saliendo, enseguida ANTONIO, por la segunda derecha

ANT. Qué mal humor se gasta hoy la señorita.

ANTONIO (Se queda mirando en derredor y se fija en Antonia. Habla andaluz, es chato y horriblemente feo.) ¡Gachó! ¡vaya una chiquiya con circustansia! Ar primer flechaso, vírtima ¡pero que vírtima! (Tosiendo para llamar la atención de Antonia.) ¡Ejém, ejem!

ANT. (Mirándole y volviendo seguidamente la cabeza.) Qué nariz se gasta el socio este. Cuidao que es feo.

ANTONIO Adió, arma mía.

ANT. (Aparte.) Adiós, arma... toste.

ANTONIO (Acercándose.) Menúa farta que me eztá jasiendo a mí una mujersita como uzté, pa jasé una reprodusione ar naturá, de ezta fetotipia.

ANT. Pues hijo, ya puede usted ir encargándosela de cera.

ANTONIO (Zalamero.) ¿De sera?

ANT. (Con intención.) Lo digo, porque si las narices de su cónyuge, verbo y gracia, no le resultasen enteramente a su gusto, puede usted moldearlas con los dátiles. (Se lleva la mano a la nariz.)

ANTONIO ¿Conque de sera, eh? ¡Ay, arma mía! De sera y rosa amasás, paesen tus carnes, arma de mi arma.

ANT. ¡Jesús, cuánta arma!, no se le vaya a disparar a usted algún arma de esas y tengamos un disgusto.

ANTONIO ¡A eztao uzté, pero que como loz ángeles, chiquiya!

ANT. Gracias; es *iznato* en una servidora.

ANTONIO La he vizto a uzté... y tiqui, (Señalándose el corazón.) me aserqué a uzté y taque; me caso con uzté y tiqui taque, tiqui taque...

ANT. Cambie usted de película, que no es por ahí. Llega usted con retraso; pollo.

ANTONIO ¿De vera, pichonsita de mi palomá?

ANT. ¡Ay, su madre! ¿Pero no sabe usted que esta pichoncita tiene el vuelo a muchos palmos por encimita del tejado de usted?

ANTONIO Como que vi a tener que haserle el amor en monoplano. (Abre los brazos en ademán de volar.)

ANT. Sería una lástima; podría usted estropearse las narices (Con mucha intención.) en una caída...

ANTONIO Menúo poztín que se va uzté a dar con un novio aviaor.

ANT. ¡Está usted aviao, pollo! Ya puede ir ahuecando el ala.

ANTONIO Ez uzté un armasén de grasia ar por mayó.

ANT. Viéndole a usted delante da ganas de liquidar las existencias.

ANTONIO ¡La erxistensia mía daría yo, por ese cuer-

pesito gitano! ¡Cuándo zerá er día que la vea a uzté ezcacharrá por ezta ezfinge!

ANT. ¡Pa luego! Haga usted gimnasia pa ver si le crecen las narices y entonces hablaremos. Oiga usted. (Muy seria.) ¿Tiene usted algún pariente en Madrid?

ANTONIO Toa mi parentela vive a la zombra de la Girarda, pa lo que uzté guzte, precioza.

ANT. Se lo preguntaba porque en la casa de fieras del Retiro, hay un mono que por el parecido debe ser primo carnal suyo.

ANTONIO Grasia, po la confusión de animale. No zabe como yamarme guapo y me yama mono. Ya veo, ya veo que le han hecho eferto mis narise. ¿Quiere uzté sabé la historia de mis narise?

ANT. Debe ser más larga que la historia de Sánchez Toca.

ANTONIO ¿Qué *toca?*

ANT. Bueno, déjese de música y vamos a la historia.

ANTONIO (Con mucho preámbulo, exagerando mucho y señalando la nariz.) Puez verá uzté; ezto ha sío toreando.

ANT. ¡Ah!, ¿pero ha sido usted torero?

ANTONIO Zervidoriyo. Er Gayo a mi lao un ave de corrá.

ANT. De modo que por eso tiene usted esa... pequeña modificación en las narices, ¿verdad?

ANTONIO Efertivamente. Un gorpe.

ANT. ¿De un toro?

ANTONIO (Muy serio.) De la Guardia siví.

ANT. ¡Dios mío! (Riéndose.)

ANTONIO Era yo dependiente de urtramarino y un día zempeñaron unoz amigo toreroz que yo tenía, en que fuera con eyo de representante a una noviyá que zé iba a da en un pueblesiyo de loz alrededore de Zeviya. Como eyo no eran má que trez o cuatro pa liarse con loz bicho, hisieron poné en loz anunsio, por aqueyo de reyená er carté, y sin que yo me enterase, un rótulo que con letra mú gorda desía: «Sobresaliente, Antonio Mochales, alia el Hormiga.» Zervió de uzté.

ANT. Muchas gracias.

ANTONIO Zigo dialogando. Yega la hora e la corría y vamo a la plasa. Sale er primer bicho e la tarde y deja en cuero ar primer mataor. Entra er sustituto y lo mizmo, en cuero también. En vizta de que nadie podía liquidá aquer güen moso, yama er zeñó Arcarde, que era er que presidía la corría y va y dijo dise: «Que sarga el Hormiga eze». ¡María zantísima! Er público hecho una fiera y yo con un canguelo que no me yegaba la camiza ar cuerpo.

ANT. ¡Pobrecillo!

ANTONIO (Con énfasis.) Prosigo. Puez bueno, voy y cojo un medio traje que yevábamo zobrante, me lo pongo y zargo a la plasa sin darme cuenta e ná. Er público ar verme con aqueya facha, gritaba: «¡A la cárse ese tío!» y entonse yo güervo la cabesa y digo mirando al Arcarde, ¡zeñó Arcarde, que vi a matá er toro! ¡A la cárse! ¡He dicho, zeñó Arcarde, que vi a matá er toro! ¡A la cárse! Yo me hise er sordo y me fuí derecho ar cornúpeto; me lío con é y... no pregunte uzté má. Dezpué de habé sostenío una larga conversasión con Zan Pedro que ze extrañó de verme por aqueyas artura, me encontré entre una pareja de sivile que ze hincharon de darme trompaso, hazta dejá mis narise... ¡véaze la mueztra! como un fofterrier y... ezto ha sío to. Ya conose uzté la hiztoria retrozpectiva de mi órgano nasá.

ANT. Pues le han cambiado el instrumento, porque eso sería un *órgano*, pero ahora parece un acordeón. (Ríen desaforadamente.)

AMP. (Que momentos antes habrá aparecido en la puerta primera derecha, observando el diálogo de Antonia y Antonio.) Antonia, (Con ímpetu.) retírese usted. (Antonia, baja la cabeza y ruborizada se retira por la primera derecha.) Y usted, retírese también. (Por Antonio, que habrá permanecido inmóvil mirando a Amparo; éste se retira por donde salió.)

## ESCENA VI

AMPARO, sola, sentándose en una mecedora y a poco PEPE por el foro izquierda

AMP. Vaya con el criadito de Pepe, qué libertades se permite con la muchacha; hace un momento que ha llegado y ya me lo encuentro de palique. Se lo diré a Pepe, para que le llame la atención.

PEPE (Con sigilo.) Amparo.

AMP. (Sin fijarse.) ¿Ya estais aquí, Ernesto?

PEPE No, Amparo, soy yo.

AMP. (Mirando a Pepe y extrañada.) ¿Y Ernesto? ¿Dónde está Ernesto?

PEPE Ernesto... se quedó allí junto a la verja hablando con Mariano, dando disposiciones. Yo me separé con el pretexto de descansar un rato.

AMP. ¿Y cómo lo dejas?

PEPE Porque ya no puedo más, Amparo; porque mi vida sin ti no es vida

AMP. (Sorprendida se levanta.) ¿Qué dices, Pepe? ¿Qué pretendes? ¿No te conformas con lo que te dije antes en la Granja, a tu llegada? ¿Piensas que voy a acceder a tus caprichos?

PEPE Capricho... no, Amparo. Por un capricho no se atenta tan fácilmente la honra de una mujer y un amigo; es algo más que capricho.

AMP. ¿Pero no recuerdas lo que te decía en mi última carta?

PEPE Sí, Amparo, sí; lo recuerdo, lo recuerdo todo, pero vengo por ti, sólo a verte, para marcharme enseguida, mañana mismo, Amparo.

AMP. ¿Pero tú no comprendes que nuestras relaciones debieron terminar desde el momento en que Ernesto me hizo suya? ¿No piensas que podría enterarse y?...

PEPE Sí, lo pienso todo, Amparo, pero pienso también que sin ti no vivo... y esto mismo hace que desprecie la vida. Pienso que tú

tan lejos, sin cariño ninguno, (Resuelto.) porque no me niegues, tú no amas a Ernesto; le conozco bastante y sé que no puede hacerte feliz. No os casásteis por amor, por más que él lo diga. Sabes perfectamente que fué un arreglo de familia al que no pude oponerme, porque entonces se hubiera descubierto todo.

AMP. (Indicándole silencio.) Calla, calla, Pepe.

PEPE Mi viaje a Cuba, será corto, muy corto, pues tú sola sabes la necesidad que tengo de complacer a mi tío.

AMP. Pues, mira, Pepe, márchate y por Dios te ruego no pienses más en mí.

PEPE Marchar sin pensar en ti, nunca, Amparo, nunca. Mi vida en este estado no significa nada. No verte y olvidarte es pedir un imposible.

AMP. (Con abandono.) No sé, no sé, Pepe.

PEPE (Acercándose y queriendo cogerle una mano, que ella retira.) ¿Me desprecias, Amparo?

AMP. (Turbada.) No, no es que te desprecie, sino que podrían vernos, y entonces, ¡qué sería de nosotros!

PEPE ¿No te dije que Ernesto está muy entretenido con Mariano? (Amparo le mira fijamente. Pausa. Pepe parece comprender que Amparo va a decirle algo y entonces le coge la mano.) Di, Amparo, vida de mi vida, te escucho con el corazón radiante de alegría.

AMP. (Baja la vista un momento como pensando delicias de otros tiempos. Pepe, la coge por la cintura, y al verse Amparo conducida por éste, figura entregada a su ruego.) Todo parece un sueño... sueño de otros tiempos que viene a la memoria mía.

PEPE (Besándole la mano.) Amparo, por fin, no temas, Amparo. (Suplicante.) Mira, sal esta noche a las doce por la galería que conduce al jardín. Yo saldré antes por la puerta que está frente al invernadero. (Pausa.) ¿Saldrás, Amparo? (Esta hace un movimiento de cabeza indicando que sí. Pepe, le vuelve a besar la mano, la conduce hasta la primera derecha y la deja. Al desaparecer Amparo, Pepe se queda un momento pensativo, da un suspiro y se va por la segunda derecha.)

## ESCENA VII

JUAN, que figura haber oído la conversación, sale por el foro izquierda, con la vista fija por donde desapareció Pepe. Enseguida, ERNESTO y MARIANO

JUAN — ¿Qué es lo que he oído? A las doce en la galería que da al jardín. (Pausa.) Lo sabrá to el señó Ernesto; no se burla así, como tú crees la honra e mi amo, el que me da el pan que como y por quien yo daría mi sangre. (Se apercibe de que vienen por el foro Ernesto y Mariano; se esconde detrás de un árbol y espera a que Ernesto se quede solo.)

ERN. — (Entrando los dos.) Bueno, Mariano, mañana hay que empezar el trabajo, conforme a mis instrucciones de esta tarde. Procura tú madrugar, no sea que nos hagan un destrozo.

MAR. — Está bien, señó Ernesto. Descuide, que se hará to como usté dice. Hasta mañana. (Vase foro izquierda.)

ERN. — Hasta mañana, Mariano. (Sale Juan de su escondite y corta el paso a Ernesto en el momento que éste va a entrar en la casa. Ernesto se queda suspenso mirándole al verle lívido y descompuesto.) ¿Qué buscas tú?

JUAN — Na, señó Ernesto. (Con miedo.)

ERN. — ¿Entonces, si no buscas nada, por qué vienes aquí?

JUAN — Es que yo quería decile a usté una cosa... pero no me atrevo.

ERN. — ¿Y qué cosa es esa que no te atreves a decirme?

JUAN — Pus... que... que... no pueo, señó amo. (Se echa a llorar.)

ERN. — ¡Cielos! ¡pero qué pasa aquí! ¿Por qué llora este pobre idiota y tiembla al hablar? Aquí pasa algo muy grave que yo necesito averiguar enseguida. Oye, ven acá, vas a decirme lo que pasa; la verdad, quiero saber la verdad. (Pausa.) ¿No me oyes? ¿No contestas?

(Juan hace una mueca de sentimiento.)

JUAN Usté quisiea sabelo y yo daría mi vida porque no lo supiera nunca. No pué usté suponese tanta maldá.

ERN. ¿Pero tú qué pretendes? ¿Es que has venido para atormentarme? ¿Es que te propones turbar mi tranquilidad? Habla, contesta. (Empujándole.)

JUAN (Llcrando.) No, señó Ernesto, no.

ERN. Pues di pronto lo que tengas que decirme, porque se me acaba la paciencia y soy capaz de cogerte por el cuello y ahogarte. Pronto.

JUAN (Pausa, al talento del actor. Mirando a todas partes.) Pus hace un momento, cuando usté estaba bien tranquilo mirando esos campos que tienen pa usté toa la alegría del mundo y to el oro de la tierra, la señorita Amparo... (Pausa y mirando en derredor)

ERN. (Impaciente.) ¿Qué? ¿La señorita Amparo, qué?

JUAN Pus andaba enreando con ese señorito. Ellos se habrán creío que nadie les veía, pero san equivocao. Allí estaba yo, (Señalando el sitio.) acechando como el lobo acecha la presa cuando la tié segura. Allí me espeazaba de rabia y coraje mis manos. Mis oídos se redoblaban pa oir mejor y mis ojos se me salían de la cara pa ver... pa ver tanta esgracia. (Llora.)

ERN. ¿Luego tú has visto?... (Con doble interés.)

JUAN Que el señorito le cogía una mano, que ella no hacía por separala y solo callaba, lo miraba mú fija, tan fija, que yo he querío ver que algo malo se tramaba contra usté, señó Ernesto. Cerré los ojos pa no ver más y... sonó un beso... un beso, señó amo.

ERN. (Con mucha impaciencia.) ¡Sigue!

JUAN Abrí a escape los ojos y los vi marchar por aquella puerta, después de decila, «sal esta noche a las doce po la galería que da al jardín; yo saldré antes po la puerta del invernaero.»

ERN. (Después de meditar un momento.) Mira, idiota maldito, te he escuchado tanto tiempo y no sé cómo he podido contenerme. Suponer que mi mujer me traicione y que Pepe atente a

mi honra, no sabes lo que significa. Ahora mismo vas a salir de aquí para siempre si no quieres que te aplaste, como se aplasta un bicho venenoso. ¡Así agradeces el pan de tantos años!

JUAN (Arrodillándose a sus pies.) Perdón, señó Ernesto.

ERN. (Cogiéndole por la garganta con las dos manos.) Necesito que no mientas, que sea verdad lo que dices.

JUAN Que me ahoga, señó.

ERN. (Soltándole y sentándose fatigado en una silla.) ¡Dios mío, cuanta felicidad perdida en un momento! Salgo de Madrid en busca de reposo, de soledad, de tranquilidad para mi espíritu, creyendo que en los campos lo hallaría, y todo lo contrario; alguien se interpuso en mi camino para hacerme morir desesperado. (Por Juan.) ¿Qué haces aquí? ¡Márchate donde yo no te vea, si no quieres que cometa una locura! (Juan se levanta y camina hacia el foro por donde desaparece después de una gran pausa.) ¡No sé qué hacer! Infundir sospecha sería perderlo todo. Llamar a Pepe y... no. Acecharé el momento yo mismo. Esta noche a las doce nos veremos frente a frente. ¡Sí, nos veremos!

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



# ACTO TERCERO

Salita elegante. Puerta al foro que da a la galería del jardín. Primera derecha puerta que figurará comunica con las habitaciones de Ernesto, y segunda, otra que se supone da a las de Amparo. A la izquierda otras dos puertas. Muebles adecuados. Lámpara eléctrica apagada. No hay más luz que la de la luna que penetra por la gran puerta del foro que estará abierta hasta el final del acto.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón la escena está sola; se oye algo lejana una rondalla. Pausa. Entra JUAN por la puerta del foro

JUAN — Ná, no se oye ná. He llegao hasta aquí sin que naide me vea. ¿Qué pasará esta noche? No sé si he hecho bien o mal en decíselo. Esta tarde creí que m'ahogaba. De niño me recogió usté, señó amo, porque murieron mis padres. Toa mi vía la he pasao aquí con usté. Un hombre infame viene hoy a robale lo que más precia usté, su honra; pus bien, yo sabré defendela... y defendelo a usté si precisa. (Se oye dentro y más cerca el rasgueo de las guitarras.) ¿Qué música es esa? ¡Ah, es Faustino que ronda a la Antonia!

FAUS. — (Canta dentro la siguiente copla:)

Las mujeres las comparo
con las moneditas falsas,
que tienen buena presencia,
pero que tóas engañan.

(Se va alejando la rondalla.)

JUAN — Toas, toas; dice bien la copla. ¡Pobre amo mío! El viene. Que no me vea. Yo al acecho. (Se oculta en la primera izquierda. Pausa.)

ERN. (Por primera derecha) ¡Qué noche! ¡Qué noche tan larga y tan llena de amargura para mí! ¡Oh, alma de mujer que vuelas a impulso de la fantasía, en busca de una felicidad mal soñada! Sí, comprendo ahora el gran contraste entre mis años y tu hermosa juventud. Nunca miramos las cosas con la serenidad que requieren; sólo amamos a la mujer bonita, sin tener en cuenta a lo que nos exponemos... (Pausa.) A las doce saldrás por esta puerta en busca de... Pero no, no saldrás, Amparo. (Pausa.) Acuden a mi mente las ideas en tropel; la sangre afluye a mi garganta para ahogarme. ¡Infeliz, no sabes lo que has hecho! Dentro de poco, él o yo, según decida la suerte, daremos cuenta al mundo de este engaño. ¡¡Amigo traidor, que con sonrisa hipócrita aprovechas las sombras de la noche para labrar mi desventura!! No gozarás de esta dicha mientras yo disponga de un soplo de vida. No seré yo el marido burlado, como tú supones, pisoteando así mi corazón y arrojándolo a la vergüenza pública como si fuera un pedazo de carne que se arroja a las fieras para que lo despedacen. (Pausa.) Hasta lo más escondido de la tierra llega el odio y la maldad de los hombres, sin respetar dicha ni ventura, amores y paz, sólo con el instinto malvado de hacer daño, aunque este mismo daño pueda luego costarles la vida. Los maestros en el arte de conquistar mujeres por medio de la traición, cumplidos ya sus deseos, se exhiben orgullosos ante el mundo, satisfechos de haber cumplido... como hombres. Y cuando el hecho se comenta entre sus admiradores, ya en el café, ya en el círculo, el champagne alegra la fiesta, mientras la honra de la mujer rueda por el suelo escarnecida. Y copa tras copa, envueltos en el humo del cigarro, estos hombres creen haber resuelto ya el problema de la vida. ¡Otra más en la lista! ¡Ah, malvados, a veces suele cos-

tar muy caro el capricho! (Pausa. Escucha.) ¿Eh? Sí; sus pasos. ¡Ah, es ella! ¡Calla, corazón, calla! (Se oculta tras el cortinaje de la segunda izquierda.)

## ESCENA II

AMPARO y ERNESTO

AMP. (Saliendo de su habitación con mucho sigilo y reconociendo la estancia con la vista.) Nada, no se oye nada. (Sollozando.) ¡Perdóname, Ernesto! Pero unas palabras de amor, que esta tarde en el jardín han resbalado dulcemente en mis oídos, despertaron rosados recuerdos de otros tiempos, que tenían firmes raíces en mi corazón. Seré tuya, Ernesto, seguiré siendo siempre tuya, espiando mi culpa como resignada mártir; ¡qué mayor castigo para mí!, pero deja que mi alma asome por un instante a los umbrales de la dicha que soñó. (En una habitación contigua da un reloj las doce. Amparo se estremece, vacila, mirando repetidas veces a su habitación y a la de Ernesto, y se dirige a la puerta del foro dispuesta a salir.) ¡La hora!

ERN. (Saliendo de donde ha permanecido oculto y deteniéndola.) ¡Amparo!

AMP. ¡Jesús!

ERN. ¡Amparo, espera!

AMP. ¡Ay!... ¿Qué? ¡Me has asustado! ¿Qué quieres?

ERN. Quiero... que hablemos.

AMP. ¿Que hablemos? ¿De qué?... ¿Pero qué te ocurre?...

ERN. No me preguntes nada. No quiero preguntas; quiero respuestas, y quiero... quiero la verdad. ¡Mírame! (Ella baja los ojos.) ¡¡Mírame!! (Le mira confusa.) ¡Sí; es verdad! Sin palabras te has delatado.

AMP. ¿Delatarme?

ERN. Sí. En tus ojos no hay el brillo de una conciencia pura, sin mancha. ¿Cómo has podido engañarme? ¿Cómo si en tu alma cupo la perversión, no cupo el valor de afrontar el peligro?

AMP. ¡Perdóname!

ERN. ¡Ah! ¡Ya pronunciaste la palabra justa, la que lo dice todo!

AMP. ¡Ernesto! ¡Ernesto mío!

ERN. No, tuyo no; nunca más, Amparo, nunca más. He creído serlo, he vivido queriéndote con locura, pensando siempre que mi cariño encontraría eco en tu corazón. Ya veo que has sabido fingir, engañarme, hasta que las torpes palabras de un pobre idiota hicieron caer de una vez y para siempre la repugnante careta de la farsa. Y ahora... ahora ya no, Amparo. Todo lazo entre nosotros se ha roto, lo has roto tú, ayudada por quien crees ha de hacerte feliz. Pues bien; huye con él. Ahí te espera. Vete, llevada de la mano de ese... cobarde.

AMP. ¿Así me despides, Ernesto? ¿Así quieres destrozar para siempre mi vida? He sido una obcecada, Ernesto, perdóname, compadéceme; aun puedo salvarme. ¡Sí; tu presencia, la hermosura de tu alma, me ha hecho ver en este momento, el abismo donde iba a hundir para siempre los castos pudores de mi honra! No destruyas mi salvación. De haber sido culpable, no te pediría perdón, no me arrastraría ante ti, como una esclava; tendría el valor de mis actos; hubiera impuesto a mi delito, la expiación de un destierro, juntamente con el estigma de mi deshonra y tu desprecio.

ERN. ¿Y con eso crees que has cumplido con tu deber? Ante el mundo es posible. ¿Pero qué me importa a mí ese mundo que todo lo materializa? Yo reiría a carcajadas y diría a todos: ¡vedla! ¡vedla en brazos de otro! si al mismo tiempo pudiera, materializando nuestras almas, mostrarlas a todos también, fundidas en una sola. Ya ves de que distinta manera, vemos el honor tú y yo. (*Cae en una butaca. Pausa.*)

AMP. Piensa, Ernesto, piensa un momento y reconocerás que no soy tan culpable como me juzgas. Piensa que todo se consultó, antes que mi parecer, para unirme a ti; que nuestras páginas de amor no han existido ni an-

tes ni después de nuestro matrimonio. Nos casaron, sin que apenas nos hubiéramos conocido; ¿por qué te empeñaste en hacerme tuya, antes de haber conquistado mi cariño? Y después... después me has tenido olvidada, preocupado solo con tus negocios, tu... dinero, con la prosa de la vida. No has sabido comprenderme, Ernesto, pues tu alma, de hombre bueno sí, pero exenta de pasión, de esa dulcísima pasión que solo la juventud puede sentir, no pudo fundirse con la mía, alma de mujer, que nunca debiste soñar para tí. El interés, siempre el interés, ha ido delante del cariño y hoy es el cariño el que había llamado suplicante a las puertas de mi corazón. Pero no; reconozco mi error, y quiero seguir aquí, a tu lado, Ernesto mío, para quererte siempre, siempre, porque ahora comprendo mi ingratitud, tu bondad y tu grandeza. Ernesto, sálvame, ten piedad de mí. ¡Perdóname, perdóname!

ERN. Perdonarte. Ya es tarde; quedar aquí imposible. Puede usted buscar el refugio que más se acomode a sus deseos. Tal vez mañana mismo, querrá usted volver a su nido, pero... ya está deshecho. No le guardo rencor, nuestra vida común se ha destrozado, al destrozarse lás cadenas que ligaron nuestras almas.

AMP. ¡Perdón, perdón, Ernesto!

ERN. Salga usted que la esperan. Abandone esta casa, donde nada ya puede retenerla. Yo la dejo en absoluta libertad. Me quedo solo, orgulloso de haberla querido tanto y maldiciendo a la vez la hora en que empecé a quererla. Aquí me rodeará un cariño que nunca me fué infiel, el de estos leales servidores, que son nobles, qué no fingen, que saben querer, que... no son como usted.

AMP. (Sollozando.) ¡Ernesto! ¡Ernesto!

ERN. (Con ímpetu, señalando la puerta.) Ese es su camino. Salga usted.

AMP. ¡Ernesto!

ERN. ¡Adiós! ¡Adiós, Amparo! ¡Adiós para siempre! (Amparo hace mutis por el foro pausadamente. Ernesto permanece impasible, hasta que ella desapa-

rece y dice:) Qué tarde llegué a comprender que no podía quererme. Desde hoy murió para mí... y tú también has muerto, pobre Ernesto. (Desaparece primera derecha. A poco sale Juan de la primera izquierda y dirigiéndose a la puerta del foro, cierra con llave.)

JUAN

Las mujeres las comparo
con las moneditas falsas,
que tienen buena presencia,
pero que toas engañan.

(Se echa en el suelo, muy cerca de la puerta primera derecha, por donde entró su amo.)

FIN DE LA COMEDIA